

tores del pueblo, principia por halagar y servir a la muchedumbre, pero luego persigue y extermina sin piedad a sus enemigos».

Por medio de este libro nos damos cuenta de la cuantía y del valor de esa herencia moral que nos legara la filosofía griega, cuya influencia en el mundo occidental se desvirtúa en la Edad Media ahogada por el oscurantismo que dominó a esa época. Empero, renace con juventud eterna, en el siglo XVIII por medio de los conocimientos de los enciclopedistas franceses que como Diderot y Voltaire y algunos filósofos entre ellos Rousseau, logran romper el espeso velo con que los prejuicios religiosos pretendieron sepultarla en el olvido. El caso de que el «Banquete», de Platón, permaneciera falseado hasta mediados del siglo XIX que es cuando la cultura moderna conoce su verdadera versión podría citarse como una prueba de este aserto.

Es realmente un timbre de orgullo para Chile, que estas doctrinas de tan elevada calidad moral, encuentren un intérprete y divulgador tan eminente como el señor Molina, cuya vida constituye un austero y noble ejemplo de lo que puede hacer una existencia humana, cuando se consagra por entero a servir la cultura de un país. Ahora nos explicamos como don Enrique Molina ha sabido esquivar todos los escollos de una vida fecunda en empresas espléndidamente realizadas, hasta llegar serenamente a ocupar la situación de respecto y de prestigio que hoy le ortorgan en todos los países americanos.—LUIS DURAND.



NOVELAS DEL TROPICO

LOS CONUQUEROS, por *Julio Ramos*. (Caracas, 1936) y RED por *Arturo Uslar Pietri*. (Caracas, 1936).

Parece que la muerte de Gómez reavivó las letras venezolanas. En un hervor de vida, las prensas de Caracas nos transmi-

ten, con frecuencia, libros en prosa y verso. Los hay de calidad finísima. Los hay de principiantes más o menos enredados en los restos de un romanticismo tropical, floralista y conceptuoso. Pero, entre todos, sobresalen varios de tono nuevo y activo que desean acelerar el ritmo de la cultura venezolana.

La novela *Los Conuqueros* de Julio Ramos nos lleva al mundo de trabajo de Curarigua de Leal, risueño pueblecillo larense, según apunta el autor. Sus personajes son hombres de labor, elementales y sórdidos. Viven dentro de una atmósfera primitiva y supersticiosa. Casi todos trabajan y arrastran pesadas existencias de firme barro aborígen. Se llaman Ño Gabriel, como un personaje nuestro de Latorre o de Manuel Rojas, Ramoncito, Cometa, Marcolina, Perico, Guariruco, la Chinga y Encarnación.

Julio Ramos ha tratado de hacer una novela cabal, pero se ha quedado en el bosquejo o sea en la pre-novela. Su instrumento de precisión—el estilo—no cuaja del todo. Sus medios técnicos son limitados y no vuelan más arriba de un costumbrismo evolucionado hacia lo actual

Ramos, como otros escritores venezolanos de hoy, exalta el retorno a la tierra madre, símbolo de las virtudes y del trabajo fructífero. Su personaje central, el labrador Ramón, vive entre jaranas y diversiones sin producir; pero el amor a Marcolina, aprovechado por el viejo Ño Gabriel, lo hace retornar al campo. Un episodio muy usado en las novelas de hace medio siglo se intercala en este idilio más o menos monótono y rural: la llegada del patrón Fermín que, a la postre, resulta hermano de Marcolina. Ramón cela a la doncella y al final acaba por descubrir el motivo de la aproximación entre ella y Fermín. Todo entreverado con escenas de costumbres, con supersticiones y con una acabada descripción del tumunangue o baile de negros, que reputamos lo más logrado de la novela.

Esta danza, semirritual, se acompaña al son del tambor, el cuatro y las maracas. Ahí despuntan las mejores condiciones

de Ramos. Después asistimos a una escena de toros coleados en que muere Fermín y se descubre su parentesco natural con Marcolina.

Los personajes de Ramos son primarios y no encuentran en su estilo, muy fresco por lo demás, ninguna estilización, como lo han intentado otros novelistas jóvenes de Venezuela. Por eso este libro, con sus méritos y su innegable interés, se queda al margen de un costumbrismo y de un folklorismo muy de otro tiempo.

Cuando Ramos lo quiere escribe con soltura y donaire. Por ejemplo, estas líneas de indiscutible soltura: «Se inicia un lento y acompasado rasguear de guitarras. Se oye un ríspido carraspeo de gargantas. La noche es un nervio en tensión; la noche es un solo oído alerta al canto que vendrá; la noche huele a albahaca, a romero, a hierbabuena, a hoja de páramo y a rosa de montaña». (Página 152).

La rebeldía de los campesinos, cuando lucha contra el cacique local, el Coronel Carrasquero, pintan un estado colectivo de rebeldía que se expresa en *la sampablera* o alboroto. Se manifiesta primero, al decir de Ramos, en «la copla, untada de insolencia como de curare la flecha del indio». Esta firme escena indica que Ramos no es un escritor vulgar, pero que puede aún componer y desarrollar la estructura de sus relatos. El paisaje de Curarigua también está representado con mérito en la escena de roza con que rompe el libro. Ahí se ve caer los caujaros, los ñacures, los guásimos, los guayabos, los cundiamores, los bambúes, las lianas y campánulas, bajo el ímpetu rabioso de los machetes de los conuqueros. Después la escena del *guareo* donde vemos ahuyentar a los bulliciosos pájaros tropicales, la busca del tesoro del conuco para hallar las onzas morocotas, mientras se ahuyentan las aves nocturnas, como el aguaitacaminos y el lóbrego titirijí, la *sampablera*, las coplas, punteadas de gracia y malicia criollas, y el velorio en casa de Ño Gabriel

Leal. Esto forma un retablo sabroso de la vida de la cordillera andina de Venezuela.

Pero pasa la literatura venezolana por un momento de tanto interés que esta novela, con sus aciertos, queda remansada ante los más evolucionados aspectos de otros escritores.

* * * *

Conocíamos a Arturo Uslar Pietri por su exitoso libro *Las lanzas coloradas* y por *Barrabás y otros relatos*. En ambas obras se destacaba una individualidad literaria ampliamente moderna.

Uslar Pietri señalaba, dentro de la novela venezolana, un avance considerable. Su instrumento de precisión—el estilo—indicaba un cuidado singular de la forma. Pero un cuidado sin esfuerzo que no gravitaba sobre el lector. Podía decirse, antes de que conociéramos *Red*, que su autor era un virtuoso de la prosa y de la técnica creadora. Representaba dentro de la novela de su país un estadio superior de la estilización artística.

Ahora con *Red* estas cualidades se realzan hasta hacer de ella una pequeña obra maestra de emoción y de finura lírica. Uslar domina todos los recursos y sabe envolver a sus relatos en una atmósfera de ensueño y de misterio poco corriente entre los escritores continentales. Si se escoge entre los trece relatos del libro, resulta difícil intentar una preferencia. Desde *La lluvia*, el primero, hasta el maestro cuento final, *La negramenta*, pasamos por distintos ambientes y paisajes que captan el interés con sabios recursos de sensibilidad.

Uslar Pietri es todo sensibilidad. En las imágenes, escogidas y frescas; en la proporción, delicada y certera; en los temas, originales y bruñidos de superficie; en la variedad, emocionante y dramática.

La lluvia es un cuento maestro, de recio corte venezolano. El ambiente, el medio, el paisaje son cabales. El autor se identifica tanto con lo que describe que acaba por envolver al lector

en una sugestión infinita. Dice: «Suavemente las cosas iban desdibujándose y haciéndose grises y mudables, como de *substancia de agua*». En estas últimas palabras radica toda la atmósfera real e irreal, a la vez, del relato. Porque Uslar Pietri, sin buscarlo deliberadamente, se sale de la realidad y con su talento artístico crea otra atmósfera superrealista, de misterio y de belleza, que saca a los personajes de lo vulgar y los clava en medio de un trasmundo de sutiles esencias. Y este trasmundo es lo que pocos escritores saben ubicar. En él estamos y no estamos en la realidad. De la realidad, depurada y acendrada hasta quitarle todo folklorismo, Uslar Pietri no se sale del todo, pero evoca a Venezuela de un modo diverso al de otros prosistas de su tierra. Ahí el paisaje se halla estilizado y realzado por un proceso de laboración mental, de antropomorfización inefable.

Uslar Pietri, con adecuados elementos realistas, desenvuelve una vida autónoma y rica en sus personajes elementales. Los engrandece con su contacto y los saca de su vulgaridad campesina. Los toca de un halo especial, como ocurre en los maestros relatos *La pipa*, *La siembra de ajos*, *El fuego fatuo* y *La negra-menta*.

La noche en el puerto es un sencillito y sugestivo cuento que está escrito con un decoroso cuidado. *La siembra de ajos* posee una fuerza captadora y primitiva, que se relaciona con lo sexual. Dice: «Olía a ajos. El viento venía de la siembrea verde obscura, de lamer los juncos lisos del ajo. Pensó en la mulata. Era ella misma que venía en el viento.

«Todo lo que de ella había poseído era su presencia en aquel olor penetrante. En él sentía su tinte obscuro, el clima de su carne y hasta una palpitación viva y sin contorno que se adhería a sus poros y un brillo de ojos húmedos». En este cuento no hay necesidad de nombrar a los dos personajes: el gañán y la mulata. Ambos se buscan, a través del clima picante de la siembra de ajos. Y se identifican los instintos bajo el marco del paisaje, sin

esfuerzo ni truco literario. Es un cuento que revela ya una factura de gran escritor.

El baile del Conde de Orgaz es un asunto de misterio y de sugestión. Exhibe las mejores calidades del estilo de Uslar Pietri. Lo que expresa al decir que circulaba en el ambiente *humo de palabras*, expresa su propia atmósfera. *Humo en el paisaje* y *El viajero* también radican sobre un ingrávido e ideal trasmundo de sombras que pasan y se van, de sugestiones que se arrastran como nubes, de finas notas superrealistas sobre una superficie concreta de realismo.

El secreto de Uslar Pietri es mezclar en las narraciones la hábil poesía de su estilo con la anécdota acabada. De un modo tan cabal y certero que no sabemos qué admirar más: lo que nos arranca del suelo o lo que nos acerca a él cuando el escritor cava con piqueta de realismo en la dura tierra venezolana.

Gavilán colorao es uno de los cuentos más dramáticos de *Red*. Pinta un episodio de una de las tantas guerras civiles de Venezuela. Gavilán «colorao» es un guerrillero que siente miedo al ser fusilado. Y este miedo es de un realismo intenso y trascinante. La escena de su fusilamiento logra un tono dramático y emocional que lo coloca entre las mejores páginas de Uslar Pietri.

La sobriedad con que describe el paisaje venezolano es ejemplar:

«El pueblo se extendía al borde de la sabana, menudo, bajo grandes árboles. En el centro una plaza desnuda cubierta de hierba medio reseca, con un botalón en medio. Alrededor, en cuadro, cuatro o cinco grandes casonas blancas, de enormes ventanas, largos aleros y hierbajos en las tejas obscurecidas. Más allá seguían, trazando las calles, casas más pequeñas, menos lisas, ventanas estrechas, cercas hundidas, ranchos de palma y algunas columnas de humo grueso y torpe que subían parejas hacia el cielo algodonado de nubes». (Página 113).

Aquí está lo preciso para enmarcar el prieto relato, intenso de emoción y de realismo sombrío.

El patio del manicomio insiste en la nota trágica y *El día séptimo* nos esboza la vida y muerte de un peón tuberculoso. En seguida viene *El fuego fatuo*, excelente evocación embrujada del tirano Aguirre, figura de patíbulo y de horca que ilumina los albores de Venezuela con prestigiosas lumbres de melodrama. *La pipa* es un cuento sugestivo y concentrado que recuerda algunas páginas de Somerset Maugham.

Cuento de camino tiene un sabor agreste y un acento campesino que se pega en el recuerdo con un regusto de daño y melancolía.

Cerramos el hermoso libro de Uslar Pietri con el relato de colorido exótico *La negramenta*. Vivimos, por un instante, la existencia de los negros, con sus ensalmos, ritos y embrujos.

En este relato, Uslar Pietri desenvuelve sus mejores condiciones de estilista. El paisaje está idealizado hasta un extremo de síntesis ideal:

«Todo el pesado azul tan puro que se mueve como tela es mar recién pintado. Cae luz limpia de sol nuevo, seca e igual en todas partes, que estalla en las velas de algunos galeones cabeceadores, solemnes y labrados, con olor a especias, cedro y piel curtida. Se impregna la brisa, dibujada de tritones y de ángeles sopladores, hasta desvanecerse en lo ancho sosteniendo los pájaros quietos que planean hacia las costas. La playa es blanca que palidece la luz. Blancos pueblitos poblados de gente barbuda y armada oyen sus campanas. Por detrás de las sierras empinadas, un humo de sombra endulza el aire. Caen profundos valles verdes en los que flota alguna torre cuadrada, cordilleras nerviosas y torcidas se estiran buscando el rescoldo de la tarde. Luceros bajos penden sobre las colinas. Fuman tiniebla los bosques. La noche nace febril y encendida como corriente de agua brilladora». (Página 203).

La negramenta es un cuento amasado de recónditas suges-

tiones raciales. Trata un motivo que otros escritores buscan sin hallar. Es el asunto que ha promovido en el trópico tantos poemas desde los del negro Obeso, primitivos y con color a selva hasta las estilizaciones felices de José Manuel Poveda, Tallet, Ballagas, Guillén, Palés Matos y Gómez Kemp.

Hemos leído obras novelísticas que describen al negro, con un realismo más directo, las de Arias Trujillo, en Colombia, de Díaz Sánchez, en Venezuela, de Carpentier y Montenegro, en Cuba; pero en pocas partes se ha identificado mejor el asunto con el intérprete. Este cuento es de una maestría inconfundible: por su sabor aselva, por su trágico y brioso patetismo, por su estilo magnífico, por la precisión imponderable de las dimensiones.

Con obras como la de Uslar Pietri asistimos a la madurez de la novela venezolana. En otros escritores hay más desborde, más agresividad política, más anécdotas y más tropicalismo. Aquí todo está sometido a la ordenación de una técnica perfecta y de una prosa depurada y expresiva. Algunos echarán de menos la interpretación social; pero este escritor es antes que nada un observador impasible que sugiere las cosas y no las convierte en instrumento de propaganda. Pero de su visión de Venezuela, amorosa y fina, salimos con mayor interés por los temas de ese país. Nos hace convivir con medios y ambientes diversos, con hombres de mar y de campo, con guerrilleros y señores feudales, con sombras de luto, como la de Lope de Aguirre y escenas de muerte y de pasión, como la del Rey Miguel, monarca de negros esclavos soliviantados contra sus amos. Tragedia y poesía. Estilo e imágenes. Paisaje y evocaciones. Todo esto nos entrega con generosa perfección Uslar Pietri. Y no es poco en tiempos de dinamismo y de acción. Su Venezuela, no por concentrada y estilizada, es menos interesante que la de los caciques, de las luchas políticas, de las pasiones del petróleo y de la tumultuosa vida de las guerras civiles.—RICARDO A. LATCHAM.